

## REFLEXIONES

# Ficción y realidad

■ Esos cartelitos que suelen colocarse en los inicios de una película o en los prólogos de una novela que advierten, por igual, a espectadores y lectores que los personajes son seres de ficción y cualquiera semejanza con personas vivas o muertas es una mera coincidencia, no suelen ser aceptados por el público. A la ficción se prefiere la verdad.

En "Los Convidados de Piedra", su última novela, Jorge Edwards hace la misma advertencia, pero a pesar de ella, todo lector que se respete trata de descubrir la posible identidad de los personajes. Hasta es posible encontrarse en una reunión social a un caballero que, entre trago y trago, confidencia muy seriamente: "el personaje X soy yo".

El genio literario de Marcel Proust tuvo una popularidad que excedía la complejidad estilística del autor, gracias a que se supo que los personajes de "En busca del tiempo perdido" estaban basados en seres reales. La curiosidad, la necesidad del chisme dio más lectores a Proust que su calidad literaria y hasta hoy llegan los peregrinos hasta los pequeños pueblos de Illiers y Cabourg buscando rastros que den respaldo de realidad a la obra literaria.

Otro tanto sucede en un escondido rincón de la costa atlántica de Colombia. En Aracataca fue donde García Márquez pasó los años de su niñez. El, en más de una entrevista, ha contado que oyendo a su abuela y viendo a los pobladores de la pequeña localidad fue engendrando a los personajes a los que más adelante daría vida en "Cien Años de Soledad". Hoy, los turistas se dejan caer por decenas hasta el villorrio buscando la prueba real y palpable de la existencia de la mítica familia Buendía. Los chicos del lugar han encontrado una lucrativa actividad llevando a esos turistas a conocer la casa de los Buendía. Lo malo es que no se han puesto de acuerdo y cada infantil guía lleva a su turista a una casa distinta.

La verdad es que a todos quién más quién menos, nos cuesta aceptar esa mágica y misteriosa alquimia del escritor que con jirones de la realidad, con retazos de sueño y con mucha imaginación, crea mundos que se incorporan a nuestras vidas. Nos parece más lógico creer que el novelista, el poeta o el dramaturgo es un mero cronista de una verdad que él observó y que ha disfrazado con uno que otro detalle inventado.

Nunca me pareció más real y corpóreo el legendario Edipo, cuya historia narra Sófocles, que el día en que, viajando en un bus turístico, camino a la cima del Olimpo, el guía hizo detener el vehículo y anunció que si mirábamos hacia la izquierda veríamos tres senderos que se encontraban. "En esa encrucijada Edipo mató a su padre el Rey Layo", terminó por informar el guía ante el asombro general.

Por más que uno recordara que lo de Edipo era una leyenda, que no existe prueba histórica alguna de que él hubiese alguna vez existido, que se hubiera casado con Yocasta, su madre, y asesinado a su padre Layo, la visión de un punto geográfico donde se nos aseguraba que había sucedido lo que dio lugar a la mayoría de las tragedias griegas, sobrecogía de emoción.

¿Cómo no emocionarse cuando en Verona se nos muestra una tumba donde se nos asegura se guardan los restos de Romeo abrazado a Julieta? ¿Cómo no sentir un escalofrío de impresión cuando en Castilla uno se detiene en un viejo hostal donde el propietario con buen sentido del negocio ha puesto un cartel declarando que allí pernoctó Don Quijote? ¿Cómo no suspirar románticamente cuando en Cali recorremos la hermosa mansión donde se nos asegura que vivió y murió María, la heroína de la novela de Jorge Isaacs?

A toda costa queremos insertar en nuestro mundo real, aquel que podemos mirar con nuestros ojos, oler con nuestras narices y palpar con nuestros dedos, los mundos de ficción en que algún creador literario fue capaz de sumirnos. Por eso, tal vez, es que ahora los novelistas, en vez de asegurar que sus personajes son ficticios, dejan entrever que ellos son reales, que están próximos a nosotros y cuya identidad no pueden descubrir. Renuncian al mérito de la creación para profitar de la morbosa curiosidad del lector.

Lo que sucede es que, en el fondo, todos quisiéramos ser protagonistas de una novela, todos esperamos encontrarnos con nosotros mismos en las páginas de un libro y, con nosotros, los ambientes y lugares que nos pertenecen. Somos, como en la obra de Pirandello, personajes en busca de un autor.

PARTIQUINO

LA SEGUNDA